

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia



FRANCISCO SOLANO
MÁRQUEZ
COORDINADOR

Coordinador
Francisco Solano Márquez



REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

El callejero cordobés,
reflejo de nuestra historia

1

Miradas transversales sobre la toponimia

Coordinador:
Francisco Solano Márquez



REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CÓRDOBA

2021

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA
Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

1 / MIRADAS TRANSVERSALES SOBRE LA TOPONIMIA
Coordinador: Francisco Solano Márquez

(Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano X*)

Portada:

Rótulo elaborado por F. Román Morales inspirado en la tipografía de los azulejos antiguos del callejero cordobés.

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-124797-5-1

Dep. legal: CO 1445-2021

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com - Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia

1. Miradas transversales sobre la toponimia



MANUEL A. GARCÍA PARODY
Académico Correspondiente e historiador

1. Las huellas de grandes personajes políticos en las calles de Córdoba

El callejero cordobés presenta numerosas contradicciones y sonadas ausencias en la presencia de nombres de dirigentes políticos. Puede afirmarse que “no son todos los que están” y que “no están todos los que deberían estar”. Entre los que figuran en las calles de Córdoba hay gobernadores romanos, reyes visigodos, emires y califas andalusíes, monarcas castellano-leoneses, Habsburgos y Borbones, presidentes republicanos, presidentes de Gobierno, ministros, corregidores y alcaldes.

Entre las personalidades del mundo romano referenciadas en las calles de Córdoba tenemos lo siguiente:

El nombre de **Marco Claudio Marcelo**, militar y político republicano que, siendo pretor de Hispania, fundó la ciudad de Córdoba en 166 o 152 a.C. aparece en una calle, que todavía muchos cordobeses denominan la calle Nueva. Situada entre la plaza de las Tendillas y el inicio de la calle Diario de Córdoba, es una de las más importantes de la ciudad, como corresponde al personaje que recientemente se le recuerda con una estatua junto al Templo Romano que se alza al final de la calle.

A **Julio César**, que estuvo en Córdoba en tres ocasiones, la primera como pretor y las otras dos para acabar con los últimos apoyos pompeyanos, se le dedica una calle un tanto escondida en la zona del Marrubial. Si tenemos en cuenta la importancia que tuvo el personaje en la Historia Universal, esa calle no es la más adecuada. Pero tampoco podemos olvidar que Julio César no dejó buen recuerdo en nuestra ciudad al pasar a cuchillo a buena parte de sus habitantes que habían tomado partido por los hijos de Pompeyo.



Estatua de Marco Claudio Marcelo, por el escultor Marco Augusto Dueñas. (Foto MC).

Con el nombre de **Pompeyos** se recuerda a los hijos del gran rival de César, Cneo y Sexto, que se refugiaron en Córdoba tras la victoria del primero en Munda (45 a.C). Es una calle del casco histórico que va desde Ambrosio de Morales hasta Santa Victoria.

La presencia de nombres visigodos que integran la temible lista de los Reyes Godos se manifiesta en **Leovigildo** –en la barriada de Fray Albino– y en el denostado **Don Rodrigo**, el derrotado en la batalla de Guadalete en el verano del 711, a quien se le dedica una calle en la

zona del Brillante. Si alguno puede pensar que se nombra en una calle a quien el romancero atribuía “la pérdida de las Españas” habrá que recordarle que este personaje nació probablemente en Córdoba y que sus vencedores llamaron *Balat-Ludriq*, el palacio de Rodrigo, al actual Alcázar donde vivió este rey.

En el nomenclátor de las primeras autoridades del Emirato y Califato andalusí encontramos los siguientes nombres:

El emir **Abderramán I**, fundador del Emirato independiente de Córdoba, tiene dedicada una avenida en una zona recientemente urbanizada –Ciudad Jardín de Poniente–, lo que quiere decir que permaneció olvidado en el callejero hasta tiempos muy recientes. Esto es algo incomprensible ya que, además de la innegable importancia política y militar del primer Omeya andalusí, se trata nada menos del promotor del monumento más emblemático de Córdoba: su Mezquita.

Hixen I, sucesor de Abderramán I y de menor trascendencia que su padre, es recordado en una calle de la barriada de Fray Albino, entre la antigua carretera de Castro y la calle Acera del Río, formando parte de uno de los barrios más deprimidos de la ciudad.

Abderramán III, iniciador del Califato andalusí, es sin duda alguna el gobernante más notable de la historia de Córdoba a quien se le debe la construcción de Medina Azahara y haber llevado al Califato a su máximo apogeo, reconocido más allá de sus propias fronteras. Su recuerdo en el callejero cordobés se limitó a una vía de escasa relevancia, paralela a los antiguos terrenos del ferrocarril. Con la apertura de los viales sobre dichos terrenos se le dedicó uno de sus tramos pero con el nombre de **Al Nasir** –“el Victorioso para la religión de Alá”–, que para muchos oculta el nombre de uno de los hijos más señeros de la ciudad.

Alhakén II, su hijo y sucesor, el califa sabio que hizo posible la más interesante ampliación de la Mezquita, sí tiene una calle en consonancia con su importancia en el centro de la ciudad.

Otros gobernantes andalusíes recordados en el callejero cordobés son **Almanzor** –en una calle cercana a la Mezquita–, **Hasday Ibn Shaprut**, el médico judío y hombre de confianza de Abderramán III –en los límites del antiguo Castillo de la Judería– y **Sanchuelo**, el hijo de Almanzor y nieto de Sancho III de Navarra, cuyo pésimo reinado no le hace merecedor de presencia en el callejero, ni siquiera en ese

conjunto de calles del barrio de Fray Albino que llevan nombre de diferentes reyes.

No podemos silenciar otros dos nombres de dirigentes andalusíes que aparecen en el callejero del mismo barrio citado. El primero es **Yusuf**, realmente Yusuf ibn Abd al-Rahman al-Fihri, el último valí –gobernador– dependiente del califato de Damasco, que fue derrotado por Abderramán I en la batalla de Musarah en las afueras de Córdoba, lo que permitió al vencedor proclamarse emir independiente de Al Ándalus. El otro es **al-Mutámid**, el rey taifa abadí de Sevilla que tras la caída del Califato gobernó un reino que se extendió desde el Algarve portugués hasta Murcia, incluyendo Córdoba. Discípulo del poeta cordobés Ibn Zaydun, fue uno de los grandes creadores de la lírica andalusí, así como un implacable guerrero que derrotó al rey taifa de Granada en la batalla de Cabra (1079) con la ayuda del mercenario castellano Rodrigo Díaz de Vivar.

Los nombres de reyes cristianos anteriores a la conquista castellano-leonesa de 1236 son escasos. Solo encontramos el de **Don Pelayo**, el mítico vencedor de la no menos mítica batalla de Covadonga; **Sancho el Craso**, el soberano leonés que vino a curar su obesidad en la corte de Medina Azahara bajo la tutela de su pariente Abderramán III, y **Alfonso VII de Castilla**, que ocupó transitoriamente y saqueó Córdoba en 1146 en una operación de castigo contra los almorávides que llegó hasta Almería. El nombre del primer rey de Asturias aparece junto a otros soberanos en la barriada de Fray Albino, el del Craso en Valdeolleros y el del llamado Emperador en una calle que desemboca en la de Santa María de Trassierra. Entre los monarcas posteriores a la conquista castellana de Córdoba en 1236 hay una mayor presencia en el callejero.

El conquistador de Córdoba, **Fernando III de Castilla y León**, mereció el honor de serle dedicada la calle que transcurre por la muralla que separaba la Medina y la Axerquía y que durante mucho tiempo –hasta 1862– se llamó también de la Feria y fue la más ancha de la ciudad. Lo mismo ocurre con su inteligente madre, la reina **doña Berenguela**, cuyo nombre aparece rotulado en una calle de la Huerta de la Reina.

Por su parte, su hijo **Alfonso X el Sabio** es recordado en una calle situada entre las avenida de los Almogávares y de las Ollerías.

Peor tratamiento tienen en el callejero cordobés los sucesores de Fernando III y Alfonso X. Al hijo de éste, **Sancho IV el Bravo**, se le dedica una calle del barrio de Fray Albino con tantas otras testas coronadas. Lo mismo le ocurre a **Alfonso XI el Justiciero**, **Pedro I el Cruel o el Justiciero** y el primer Trastámara, **Enrique II el Fratricida**. En cambio **Fernando IV el Emplazado**, padre del Onceno, es recordado en el barrio de Sagunto. De estos monarcas los únicos que tuvieron relación importante con Córdoba fueron El Bravo, que otorgó a la ciudad el privilegio de celebrar dos ferias en 1284; Alfonso XI, que ordenó construir el Alcázar y la Colegiata de San Hipólito, donde está enterrado, y su padre El Emplazado, también sepultado en la misma iglesia.

Los **Reyes Católicos** sí que tienen un recuerdo relevante en el callejero cordobés en una céntrica calle cuyos límites son los espacios dedicados a dos personajes fundamentales en el reinado de Fernando e Isabel: el **Gran Capitán** y **Colón**. Después de los emires y califas, que reinaron en Córdoba, y el conquistador Fernando III, los Reyes Católicos han sido los soberanos más vinculados a la ciudad, con sus luces y sus sombras, tanto para combatir a la díscola nobleza como para dirigir las operaciones de la guerra de Granada. Esta dilatada presencia de los Reyes Católicos supuso hechos importantes para la historia de la ciudad:

Que en 1482 naciera en el Alcázar cordobés la **infanta Doña María**, futura reina de Portugal, madre de una emperatriz –Isabel, esposa de Carlos V– y dos reyes lusitanos –Juan III y Enrique I–, a quien se le dedica una calle sin más información que su nombre en la Ciudad Jardín; que apareciera por Córdoba Cristóbal Colón para buscar el apoyo de los reyes a sus proyectos de nuevas rutas hacia las Indias; que se firmaran los acuerdos con el rey nazarí Boabdil después de ser capturado en Lucena en 1483; y que se tomaran otras decisiones menos queridas por los cordobeses como la implantación del terrible tribunal de la Inquisición, el derribo de la noria de la Albolafia y la aprobación de la Ley de Holgazanas que limitaba los bienes gananciales de las mujeres cordobesas.

En lo referente a los soberanos de la Casa de Habsburgo, solo **Felipe II** está presente en el callejero cordobés, concretamente en el barrio de Ciudad Jardín. Este monarca, muy discutido en la historiografía de nuestro llamado Siglo de Oro, vilipendiado por los seguidores de la

Leyenda Negra y ensalzado por las corrientes más conservadoras, tuvo trascendencia en la vida cordobesa al estar presente en nuestra ciudad en 1570 y permanecer en ella de febrero a abril y posteriormente en mayo, algo insólito porque desde Fernando e Isabel los reyes solo vinieron a Córdoba de paso en viajes realizados por Andalucía. La dilatada estancia de Felipe II en nuestra ciudad se debió a sus deseos de estar cerca de los escenarios de la guerra contra los moriscos en las Alpujarras. En esos meses se alojó en el Palacio Episcopal y, además de visitar todas las iglesias y conventos, presidió la reunión de las Cortes de Castilla en la capilla de San Clemente –Sala Capitular de la Mezquita-Catedral– y el Sínodo diocesano. La huella de su presencia en Córdoba es visible en la Puerta del Puente y las Caballerizas Reales, cuya construcción ordenó. Por todo ello, independientemente de las connotaciones de su reinado, resulta poco comprensible que el Habsburgo que convirtió transitoriamente a Córdoba en la capital de sus inmensos dominios, tenga una presencia poco relevante en el callejero cordobés.

De los primeros Borbones únicamente hay constancia en el callejero cordobés de **Carlos III**, probablemente nuestro mejor rey, a quien se le dedica una importante avenida en el sector Este de la ciudad. Se trata del merecido reconocimiento al monarca que más se preocupó de sus súbditos a través de la política ilustrada de excelentes ministros como Aranda, Campomanes o Floridablanca y que permitió una incompleta repoblación de parte del antiguo reino de Córdoba.

El callejero cordobés da un salto en el tiempo para incluir a un nuevo soberano. Ni Carlos IV, ni José Bonaparte, ni Fernando VII están presentes en el mismo, algo que hay que agradecer sobre todo en el más nefasto de nuestros reyes que primero fue conocido como el Deseado y que acabó siendo motejado como el Felón. Otra cuestión es la huella de José Bonaparte, que se tradujo en importantes mejoras para la ciudad eclipsadas por el comportamiento abusivo de los soldados franceses en 1808.

Los nombres regios reaparecen con **Isabel II**, que pasó por Córdoba en 1862 y a quien se le homenajeó con arcos triunfales, corridas de toros, recepciones, certámenes poéticos, festejos populares y comidas para los pobres. Pese a que su reinado fue bastante lamentable y a que fue expulsada de España, hay una calle que la recuerda en el barrio de la Magdalena.

Su hijo **Alfonso XII** pasó por Córdoba en 1877 en una excursión por Andalucía para recibir el fervor popular y mostrarse como rey soldado e impulsor de las ciencias y de la cultura. Se alojó en el palacio de los condes de Torres Cabrera y de su estancia en Córdoba queda el recuerdo del antiguo Cuartel de Lepanto cuya primera piedra fue colocada por el joven monarca. Aparece su nombre en una calle que va desde Puerta Nueva a San Pedro, que primero se dedicó a su madre y, tras su destronamiento, a Alcolea, el lugar donde las tropas del general Serrano derrotaron a las de Isabel. En 1931 pasó a denominarse de García Hernández, uno de los sublevados en Jaca a fines del año anterior, y tras el fin de la República tomó el nombre de Alfonso XII. Es uno de esos casos del callejero cordobés en que los cambios de denominación muestran lo que fue el inquieto pasado de nuestro país.

Alfonso XIII visitó varias veces Córdoba. De esas visitas la más nombrada fue la que realizó en marzo de 1921 cuando pronunció un polémico discurso en el Círculo de la Amistad en el que cuestionó el orden constitucional que él mismo rompería al aceptar el golpe militar del general Primo de Rivera dos años después. Pese a que Alfonso XIII no mostró más interés por nuestra ciudad que el derivado de sus visitas de paso hacia los cotos de caza de su sierra y a que su reinado tuvo muchas más sombras que luces, se le dedicó una calle importante del centro de Córdoba, calle que bajo la Segunda República cambió su denominación por la de Fermín Galán, el militar sublevado con García Hernández en Jaca, hasta que el franquismo restituyó el nombre del último Borbón que se vio obligado a abandonar España en 1931.

Juan Carlos I, cuya popularidad fue indiscutible hasta los últimos años de su reinado, es recordado en la ciudad por unos jardines en la antigua huerta de la Facultad de Veterinaria.

De los dirigentes de la Segunda República solo hay mención en el callejero cordobés a **Niceto Alcalá-Zamora**, su primer presidente nacido en Priego de Córdoba y que en sus años al frente de la primera magistratura republicana siempre mostró el cariño hacia la tierra que le vio nacer y a la que visitó en uno de sus primeros desplazamientos oficiales. La calle Alcalá-Zamora, situada al norte de Valdeolleros, no está en consonancia con el hecho de que su titular fuera el primer Jefe de Estado nacido en Córdoba —en este caso en su provincia— desde

tiempo de los Califas. En el apartado de políticos insignes la nómina que aparece en las calles de Córdoba es muy reducida.

Entre los presidentes del Consejo de Ministros están en el callejero los conservadores **Antonio Maura**, **Eduardo Dato** y **José Sánchez Guerra** en Ciudad Jardín, Centro y Valdeolleros, respectivamente. En otro tiempo se dedicó a Cánovas del Castillo la plaza de las Tendillas. Los políticos liberales y socialistas anteriores a la guerra civil están ausentes en el callejero cordobés, salvo los ministros **Julio Burell** en una céntrica calle, y **Antonio Barroso y Castillo**, recordado en el barrio de Valdeolleros. Y de los que nos han regido bajo la democracia solo aparece el nombre del presidente **Adolfo Suárez** en uno de los jardines situados junto a la antigua estación de Renfe.

Buena parte de los alcaldes cordobeses del siglo XX están recordados en calles de Ciudad Jardín y alrededores. El apellido **Cruz Conde** denomina al parque levantado sobre el primitivo emplazamiento de Córdoba en la colina de los Quemados. Motivo de polémica fue el nombre de **José Cruz Conde** en la calle más emblemática del centro de la ciudad que recuerda a quien modernizó esta zona en los años de la Dictadura de Primo de Rivera. Tras haber perdido esta denominación en aplicación de la normativa de la Memoria Democrática volvió a recuperarse como un recuerdo de los cuatro alcaldes que tuvieron los mismos apellidos: José y Rafael en los años veinte y Alfonso y Antonio en los pasados cuarenta, cincuenta y sesenta, siendo considerado este último como uno de los mejores regidores de Córdoba que merecería un reconocimiento más personalizado. El iniciador de esta saga de políticos en 1875, **Tomás Conde y Luque**, tiene su recuerdo en la Judería cordobesa.

Mención especial merecen dos regidores cordobeses más lejanos en el tiempo pero especialmente importantes en la historia de la ciudad.

El primero de ellos es **Luis de la Cerda**, el corregidor que en 1523 se opuso enérgicamente a la destrucción de parte de la Mezquita para construir el crucero catedralicio aunque la Real Provisión de Loja del mismo año acabara autorizando al obispado las obras previstas. La calle que transcurre paralela al muro de la *qibla* está justamente dedicada a su memoria aunque no figure en ningún lugar de ella referencia sobre la importancia del personaje.



Calle Ronquillo Briceño, antes Del Viento. (Foto M. García)

El segundo es **Francisco Ronquillo Briceño**, corregidor de finales del siglo XVII y que posteriormente marchó a Madrid, donde tuvo un especial protagonismo en los difíciles años de la sucesión de Carlos II. Córdoba le debe la construcción de la plaza de la Corredera, en un gran espacio abierto en consonancia con las concepciones urbanísticas del barroco. Francisco Ronquillo, probablemente uno de los mejores regidores que ha tenido Córdoba, solo ha merecido su recuerdo en una angosta calle, antes llamada del Viento, junto a la iglesia de Santiago y perpendicular a la Ribera. Un recuerdo que no corresponde a la importancia del personaje.

2. Las huellas de cordobeses ilustres en el callejero de la ciudad

La huella de los cordobeses ilustres no se limita únicamente al nombre de las calles. La ciudad está llena de lugares relacionados con personajes y hechos históricos relevantes. Ya hemos señalado que el Alcázar de los Reyes Cristianos nos recuerda a Don Rodrigo, los Reyes Católicos o la infanta Doña María. También es un referente para el rey Alfonso XI, que ordenó su construcción, lo mismo que la Real Colegiata de San Hipólito, levantada por su iniciativa y donde se halla enterrado con su padre Fernando IV. Felipe II está presente en la Puerta del Puente, las Caballerizas Reales, la iglesia de San Pedro y la capilla de San Clemente de la Mezquita-Catedral. Y otros reyes que nos visitaron, en los lugares que recorrieron.

Además de estos personajes de dimensión nacional hay otros cordobeses que no alcanzaron tanta proyección pero que aportaron mucho a su ciudad. Entre las diversas generaciones de cordobeses ilustres hay una que resulta poco conocida en la ciudad, pese a la trascendencia que tuvo en su momento: la generación que hemos venido a llamar como la de 1917, cuyas huellas están muy presentes en nuestra geografía urbana. Nuestra intención es centrarnos más detenidamente en la misma, como podríamos haberlo hecho con otras generaciones de épocas distintas, y que, al igual que ellas, se puede comprobar su presencia más allá del nomenclátor callejero.

La generación de 1917

El 17 de junio de 1917 se publicó en la revista *Córdoba* un Manifiesto a la Nación que resumía a nivel local el ambiente regeneracionista que corría por esa España en la que era patente el fracaso del régimen político vigente –el de la Restauración– y que demandaba profundos cambios políticos y sociales. Los autores de ese Manifiesto, que se reunían en la tertulia del Café Suizo, ubicado en el centro de las Tendillas, fueron políticos e intelectuales cordobeses descontentos con la situación de su patria y que decidieron exponer en un documento público ese malestar y unas propuestas genéricas de solución.

El texto publicado en la revista *Córdoba* se refería a la descomposición política del momento y calificaba a la nación como “un cuerpo arrugado y anémico” que era preciso y urgente transformar a cargo de “hombres nuevos que traigan normas nuevas” y “que no sean cómplices de la desgobernación de España”. Fue suscrito por un total de 63 personas entre las que se encontraban intelectuales, profesores, médicos, dirigentes obreros, hombres de negocio, industriales, abogados, periodistas, arquitectos, farmacéuticos, bibliotecarios, comerciantes y sacerdotes. Son los hombres que hemos venido a llamar la Generación de 1917, que guarda similitudes con la que encabezara José Ortega y Gasset, conocida como la de 1914 y conformada con las más destacadas personalidades de la Edad de Plata de la cultura española.

Pormenorizando nombres se pueden incluir en este grupo de cordobeses al profesor Antonio Jaén Morente, al arquitecto Francisco

Azorín Izquierdo, al maestro republicano Eloy Vaquero Cantillo, al veterinario y arabista Rafael Castejón, al notario Juan Díaz del Moral, al agrarista Juan Morán Bayo, al médico Manuel Ruiz Maya, al ingeniero Antonio Carbonell, al escultor Dionisio Pastor, al periodista Eduardo García Nielfa y, en un plano menor, a los médicos Eduardo Amo y Vicente Martín Romera, los peritos agrícolas Francisco de Paula Salinas Diéguez y José Guerra Lozano, el publicista Pablo Troyano Moraga, el bibliotecario José de la Torre y del Cerro y el abogado Eduardo Colinet.

Los rasgos comunes de la mayoría de los integrantes de la Generación cordobesa de 1917 son: la proximidad de las fechas de sus nacimientos, en torno a la década de los ochenta del siglo XIX; la formación universitaria o de estudios superiores junto a un elevado nivel intelectual; el carácter polifacético de las actividades de muchos de ellos; la militancia o simpatía en formaciones políticas, republicanas, socialistas o regionalistas; su activa participación en la Segunda República; la vinculación a la masonería; la presencia en la Real Academia de Córdoba, y haber visto truncadas sus vidas y sus trayectorias durante y después de la guerra civil.

El nombre de estos personajes de la Generación de 1917, pese a su relevancia, no está muy presente en el callejero cordobés. Además de los cuatro que posteriormente van a ser analizados más detenidamente, solo otros cinco están reconocidos en el callejero.

El primero es **Juan Díaz del Moral**, notario de Bujalance, autor de la *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, obra fundamental para el conocimiento de los movimientos obreros y la historia social de Córdoba, y diputado a Cortes en 1931 donde presidió la ponencia de la Reforma Agraria. Con la recuperación de la democracia se rotuló en su honor una céntrica calle de Córdoba, entre Morería y Cruz Conde.

El bibliotecario **Antonio de la Torre y del Cerro** tiene su calle en el barrio de la Huerta de la Reina; el ingeniero **Antonio Carbonell** en la Electromecánicas, y el periodista **García Nielfa** en el polígono de Levante.

El médico **Manuel Ruiz Maya**, pionero de la medicina psiquiátrica en Córdoba y cuya sensibilidad social le granjeó el respeto de la mayoría de sus conciudadanos, fundador del primer Hospital Psiquiátrico

de Córdoba, redactor con Victoria Kent y Luis Jiménez de Asúa del avanzado Reglamento de Prisiones de la Segunda República y gobernador civil de Almería, es recordado en una calle en la zona de Vista Alegre. Fue asesinado a los pocos días de triunfar la sublevación militar de julio de 1936.

La presencia de Rafael Castejón, Francisco Azorín, Eloy Vaquero y Antonio Jaén Morente en el nomenclátor cordobés

Hemos distinguido a estos personajes, importantes referentes en la vida política e intelectual cordobesa del primer tercio del siglo XX, para rastrear sus huellas no solo en el callejero de Córdoba sino también en determinados lugares que les recuerdan.



Rafael Castejón –segundo por la izquierda– con el Doctor Fleming, en el centro. (Col. del autor).

Rafael Castejón y Martínez de Arizala (Córdoba 1893-1986) cursó estudios de bachillerato en el Instituto General y Técnico de la capital con excelentes calificaciones y, posteriormente, los de Veterinaria en la antigua Escuela de la calle Encarnación Agustina, a cuyo término recibió por unanimidad el Premio Extraordinario.

Con el título recién conseguido obtuvo plaza por oposición en el Cuerpo de Veterinaria Militar, siendo destinado a Marruecos en plena guerra del Rif. Entre tanto ingresó en la Real Academia de Córdoba en 1914. Pasó tres años en el norte de África, tiempo que le permitió aprender árabe y, con ello, a interesarse en el conocimiento de la cul-

tura andalusí que desarrolló brillantemente a lo largo de toda su vida. De regreso a Córdoba se incorporó como profesor auxiliar en la Escuela de Veterinaria en la que creó el Instituto de Higiene y Patología Comparada.

Con su triple vertiente de veterinario, arabista y académico se implicó en la vida política cordobesa dentro de la corriente moderada del andalucismo histórico. Fue uno de los redactores del Manifiesto de 1917 y partícipe en la Asamblea Andalucista de Córdoba de 1919. En estas fechas ingresa en la Logia Turdetania de la mano de su amigo y correligionario Eloy Vaquero Cantillo.

En 1921, tras haber obtenido el doctorado en Veterinaria, ganó su primera cátedra y unos años después amplió su currículum con el doctorado en Medicina. Poco antes la Real Academia lo recibió como académico numerario.

Proclamada la República, Rafael Castejón prosiguió su compleja actividad en los ámbitos de la investigación veterinaria y en el arabismo. Con la llegada de las derechas al poder en 1933, su amigo Eloy Vaquero, nombrado ministro de Sanidad y Previsión, lo designó director general de Sanidad, cargo en el que solo permaneció treinta y cinco días.

Tras el golpe militar de julio de 1936, Rafael Castejón fue cesado como director de la Escuela de Veterinaria y encarcelado. Salvó milagrosamente su vida por mediación de su hermano Federico, amigo de Queipo de Llano, y fue desterrado a Orense. Concluida la contienda tuvo que superar un procesamiento por haber pertenecido a una logia masónica. Repuesto en su cátedra logró hacer realidad su sueño de que la antigua Escuela de Veterinaria se convirtiera en Facultad y estrenar el magnífico edificio de la avenida de Medina Azahara.

Hasta su muerte el 16 de junio de 1986 Rafael Castejón no descansó un solo día en su ingente actividad, en la que siempre ocupó un papel destacado la dirección de la Real Academia a la que dio sede propia e impulsó su presencia en todos los ámbitos de las Ciencias, Letras y Nobles Artes, como recogen los números ordinarios y extraordinarios de su Boletín. Como menciona Enrique Aguilar, reseñando la necrológica del diario *Córdoba*, con él murió el último sabio e hijo predilecto de Córdoba.

Hoy se recuerda el nombre de Rafael Castejón en una calle perpendicular a la avenida del Brillante, en la que se le califica como arabis-ta. Pero hay varios lugares cordobeses en los que su huella está presente: la primitiva Escuela de Veterinaria en la calle Encarnación Agustina; la Facultad de Veterinaria, edificio de corte regionalista del arquitecto Gonzalo Rodríguez Espúñez, que se empezó a construir en 1914 y se concluyó treinta años después, en cuyos sus jardines se recuerda a Rafael Castejón con un busto; la sede de la Real Academia en la calle Ambrosio de Morales, y su domicilio en la calle Ramírez de las Casas-Deza, donde se colocó una lápida conmemorativa por la institución que presidió con acierto en su dilatada vida.



Francisco Azorín –el primero sentado por la derecha– con un grupo de esperantistas en México. (Col. del autor).

Francisco Azorín Izquierdo nació en Monforte (Teruel) en 1885 y murió exiliado en México D.F. en 1975. Después de obtener el título de bachillerato en el Instituto de Teruel realizó estudios de Arquitectura en Madrid. Fue entonces cuando conoció a Pablo Iglesias e ingresó en el Partido Socialista Obrero Español. Al mismo tiempo que cursaba sus estudios inició el aprendizaje del francés, inglés y alemán, lenguas que dominó perfectamente, así como del esperanto, ese ensayo de una lengua universal del que acabó siendo uno de sus mayores expertos.

Francisco Azorín llegó a Córdoba en 1914 como arquitecto de la Delegación de Hacienda y aquí desarrolló una intensa actividad hasta que la guerra civil lo apartó de ella. El haber partido hacia Málaga con su familia la tarde del 18 de julio de 1936 le salvó su vida. Terminada la guerra marchó al exilio y trabajó en México como arquitecto y profesor universitario, así como en la difusión del esperanto. Murió en diciembre de 1975. Si algo caracteriza la trayectoria de nuestro personaje es una asombrosa complejidad que le permitió abarcar los campos más diversos: político, esperantista, masón, académico y arquitecto.

Como político fue el principal referente del socialismo cordobés en el primer tercio del siglo XX. Perteneció a la corriente moderada del partido y ocupó puestos importantes a nivel provincial y nacional. Como políglota acompañó a Pablo Iglesias a la mayoría de las reuniones de la Internacional Socialista. Fue elegido concejal en 1917 y 1931. Consiguió escaño por Córdoba en las Constituyentes de 1931. Especial importancia tuvo haber redactado el Manifiesto de 1917, su presencia en la Asamblea Andalucista de 1919 y su continua participación como conferenciante y articulista.

Como esperantista fue uno de los principales promotores de ese proyecto de lengua para lograr desde ella la fraternidad universal. Escribió *Universala Terminologio de la Arkitekturo*, un diccionario de términos arquitectónicos con el esperanto como lengua madre, sus orígenes terminológicos y su traducción a numerosos idiomas. Además estuvo presente en numerosos congresos esperantistas y en la asociación Sennacieca Asocio Tutmanda.

Como arquitecto trabajó en Córdoba, Écija, Peñarroya, Madrid y México. Según Alberto Villar fue un hombre independiente y ecléctico que nunca inclinó sus preferencias por las diferentes corrientes de su época, un arquitecto medio preocupado por la incorporación de nuevos materiales, la salubridad, la higiene y una adecuada composición estilística de las fachadas de sus edificios. Entre el centenar de proyectos que firmó en Córdoba hay obras regionalistas –Casa del Pueblo de plaza de la Alhóndiga (en la que se conserva su firma junto al original arco ultra semicircular)–; casa Cabrera en plaza de Abades o casa Hierro Aragón en la calle Diario de Córdoba–, modernistas –edificio Colinet en calle San Álvaro– o singulares, como la desaparecida casa Peláez Deza en la calle Concepción. Otras obras suyas fue-

ron construcciones escolares, como el colegio Rey Heredia y el Grupo Colón, que procuraba adaptarlos a las más avanzadas corrientes pedagógicas al tiempo que contribuían a paliar el gran déficit de escuelas, viviendas para obreros y proyectos urbanísticos, como el de la Ciudad Jardín o los ensanches de Córdoba que no se llegaron a acometer.

Fue elegido académico correspondiente de la Real Academia de Córdoba en 1924 y numerario dos años después. Fundó la Logia Turdetania en 1917, en la que ocupó el cargo de tesorero y recibió el nombre simbólico de Franco. A Francisco Azorín se le ha dedicado una calle de nueva creación entre Vía Augusta y Santa María de Trassierra.



*Eloy Vaquero Cantillo.
(Col. del autor).*

Eloy Vaquero Cantillo nació en Montalbán en 1888 y murió en Nueva York en 1960. Fue político republicano y andalucista, primer alcalde elegido democráticamente en 1931 –hecho que no se repetiría hasta 1979–, maestro, periodista, poeta, abogado, diputado, ministro en dos ocasiones y profesor en el exilio de las Universidades de Caracas y Nueva York.

Como maestro ejerció su actividad en Córdoba en la Escuela Obrera de la que fue director y en la que practicó métodos pedagógicos avanzados. Miembro del Partido Republicano Autónomo, en el que ingresó de la mano de su mentor y amigo Alejandro Lerroux, participó activamente en la vida política cordobesa, especialmente en el origen

del andalucismo histórico. Fue concejal en 1916 y el primer alcalde republicano el 12 de abril de 1931. Dejó la alcaldía dos meses después al ser elegido diputado en las Constituyentes de ese mismo año. En su breve mandato como alcalde tuvo la gallardía de evitar la quema del convento de San Cayetano que iban a perpetrar grupos exaltados de izquierda. Al acceder Lerroux a la presidencia del Consejo de Ministros, Vaquero fue designado ministro de la Gobernación –4 de octubre de 1934 a 3 de abril de 1935– y de Trabajo –3 de abril a 9 de mayo de 1935–. Tras la victoria del Frente Popular decidió marcharse a Gibraltar, ya que el enconamiento político hizo que se convirtiera en objeto de toda clase de ataques por los extremismos de izquierda y derecha.

Después de su huida a Gibraltar Eloy Vaquero nunca más regresó a su patria. Viajó por Reino Unido, Cuba, Venezuela y Estados Unidos. Ejerció como profesor en las Universidades de Caracas y Nueva York. Aquí fundó la revista *Mensaje*, órgano de expresión de muchos exiliados, y escribió su poemario *Senda sonora*.

Eloy Vaquero, firmante del Manifiesto de 1917, fue miembro de la Real Academia y de la Logia Turdetania. Simultaneando su trabajo en la Escuela Obrera cursó por libre la carrera de Derecho y ejerció la abogacía en Córdoba y Madrid. Colaboró como periodista en *La Voz* y escribió, además de *Senda sonora* y otros poemas, los recuerdos de su tiempo en *Del drama de Andalucía* y sus ideas pedagógicas en *Las escuelas al aire libre*.

Eloy Vaquero tiene una sencilla calle en el barrio de las Margaritas como “maestro Eloy Vaquero Cantillo”, ignorando su polifacética actividad. Pero su huella está presente en otros lugares como la antigua Escuela Obrera en el Arroyo de San Lorenzo, expropiada bajo el franquismo y convertida en el Colegio San Lorenzo, y el Centro Obrero Republicano que presidió y en el que se desarrolló la Asamblea Andalucista de 1919. Con motivo de su centenario se colocó un indicativo en el suelo del bulevar del Gran Capitán, donde se situaba el Centro, un indicativo que pasa desapercibido para los viandantes y que hubiera requerido una mayor visibilidad; la homóloga Asamblea de Ronda de 1918 tiene un monumento de grandes dimensiones frente al Casino de la ciudad.

Antonio Jaén Morente vino al mundo en la calle Judíos de Córdoba en 1879 y murió exiliado en San José de Costa Rica en 1964. En su ciudad natal estudió Bachillerato y Magisterio y, posteriormen-

te, se licenció en Filosofía y Letras y Derecho en Madrid, donde también alcanzó el grado de doctor con una tesis sobre el Monasterio de San Jerónimo de Córdoba. Al igual que sus compañeros de generación desarrolló una intensa y prolífica actividad.

Como docente inició sus tareas en 1902 en la Escuela Normal de Sevilla. Después fue catedrático en los Institutos de Cuenca y Segovia, donde entabló una larga amistad con Antonio Machado, para volver a la Universidad de Sevilla como catedrático de Historia de España. Regresó a su plaza de Instituto primero en Sevilla y después en Córdoba, siendo designado en 1930 director de su Instituto.



Antonio Jaén Morente –segundo por la izquierda– junto a Manolete en el homenaje que el torero recibió en México. (Col. del autor).

Sus andanzas políticas comenzaron en los años veinte en el Partido Republicano Autónomo de donde pasó a la Derecha Liberal Republicana por la que fue elegido concejal en 1931. El Gobierno provisional republicano lo designó gobernador de Córdoba y, a los pocos días, de Málaga, dimitiendo enseguida tras las quemaduras de iglesias en el mes de mayo que él no pudo evitar. En junio de 1931 logró el acta de diputado y en 1933 la República lo nombró embajador en Perú y en 1936 en Filipinas. Salvó su vida por no hallarse en Córdoba en el verano de 1936.

En el exilio fue profesor de las Universidades de Quito, Guayaquil y San José de Costa Rica y conferenciante en muchas más. Recibió reconocimientos como la Orden del Sol peruana, la Gran Cruz del Águila Azteca y la Cruz del Mérito de Ecuador. Exiliados españoles

como Indalecio Prieto, Juan Rejano, Pedro Garfias, Francisco Azorín y Fernando Vázquez Ocaña le rindieron un gran homenaje en México al que se sumó el torero Manolete que entonces actuaba en la capital azteca.

Fue autor de más de cincuenta libros entre los que se encuentran la conocida *Historia de Córdoba o Lección de España en América*. Una calle del barrio de Fátima tiene el nombre de quien se vanaglorió de haber llevado a su amada Córdoba por todo el mundo. Su otro recuerdo señalado es la lápida que indica su nacimiento en la calle Judíos. Pero también podríamos rastrear su presencia en el antiguo Instituto de Córdoba y en su casa de la calle Juan de Mena, de la que sacaron sus libros para quemarlos en la plaza de las Tendillas en el triste verano de 1936, esta misma plaza donde el pie del monumento al Gran Capitán fue uno de los que proclamó la República el 14 de abril de 1931 con estas palabras: “La República que se acaba de proclamar en España es una República de orden, respetuosa con las leyes y con la propiedad, por tanto suplico a los cordobeses que se manifiesten con el más perfecto orden que fue siempre norma de todos sus actos”.

Conclusiones

Se ha dicho reiteradamente que observar en el callejero los nombres de personajes políticos es contemplar los diversos avatares de la Historia de España. Un ejemplo podemos encontrarlo en la plaza de las Tendillas, verdadero corazón de la ciudad, que fue dedicada sucesivamente a José Canalejas, Antonio Cánovas, República y José Antonio Primo de Rivera para recuperar su antigua denominación con la llegada del primer Ayuntamiento democrático. Otro sería el de la actual Ronda de los Tejares que antes de la democracia se rotuló como avenida de Canalejas, avenida de Pablo Iglesias y avenida del Generalísimo.

Bajo esta premisa, que se puede extender a cualquier ciudad española, las conclusiones que se desprenden de la actual configuración del nomenclátor cordobés son las siguientes:

No son merecedores de ocupar un lugar en el callejero de Córdoba buena parte de los mandatarios que aparecen en el mismo. Hay casos verdaderamente curiosos como el del visigodo Leovigildo que apenas se vinculó con la ciudad, el emir Hixem I, escasamente relevante en la

historia del Emirato o Sanchuelo, monarcas que no aportaron nada a la ciudad. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los reyes castellano-leoneses, Habsburgo o Borbón presentes en el callejero solo por ser reyes, sin que sus reinados hayan sido ejemplares –salvo el caso de Carlos III– ni que tengan una especial vinculación con Córdoba –excepto Rodrigo, Fernando III, Sancho IV, Alfonso XI, los Reyes Católicos, la reina María de Portugal o Felipe II–. Y en cuanto a los políticos locales que ocuparon puestos importantes en el Gobierno de la nación llama la atención que los únicos presidentes señalados, salvo Adolfo Suárez, fueran del Partido Conservador y que aparezcan políticos cordobeses, como Antonio Barroso y Castillo –liberal– y José Sánchez Guerra –conservador– que fueron ejemplos notables del caciquismo de su tiempo, una perversión política que lastró al régimen de la Restauración sobre todo en el reinado de Alfonso XIII.

Por el contrario, faltan los nombres de quienes por sus méritos deberían figurar en el nomenclátor local. Entre ellos se pueden citar el emir Abderramán II –uno de los que amplió la Mezquita y ayudó a consolidar el Emirato–; el rey Enrique IV, tan denostado por los cronistas al servicio de los Reyes Católicos, como Alfonso de Palencia, pero que vino en 1455 a Córdoba para casarse, celebrar Cortes y ordenar la creación de los jardines del Alcázar; o el presidente Manuel Azaña y políticos contemporáneos que no pertenecieron al Partido Conservador.

En tercer lugar, salvo Al-Nasir, Alhaken II, Fernando III, los Reyes Católicos y Carlos III, el resto de monarcas y dirigentes políticos están como perdidos en el callejero cordobés. No se concibe cómo Abderramán I solo esté presente desde hace relativamente pocos años en una avenida de reciente creación, o que el primer califa tuviera su nombre en una calle en su momento casi olvidada junto a los terrenos del ferrocarril.

En cuarto lugar es injustificable que un rey que debió abandonar España por sus errores, como Alfonso XIII, merezca el rótulo de una importante calle cordobesa; que a Manuel Azaña únicamente se le recuerde en la Entidad Local Autónoma de Encinarejo, o que su predecesor, el cordobés Alcalá-Zamora, solo ha sido reconocido en el callejero no hace mucho tiempo en una calle retirada del centro de la ciudad. Es incomprensible que Isabel II, otra expulsada de su reino, sea recordada en el callejero cordobés. Es inaudito que un corregidor

tan relevante como Francisco Ronquillo Briceño solo es reconocido en la antigua calle del Viento. Etcétera.

La llegada de la democracia a los ayuntamientos a partir de 1979 supuso un cambio importante en el nomenclátor de las ciudades con la desaparición de nombres ligados a la guerra civil, a la represión y a la dictadura franquista. Fue así como dejaron de recordarse en el callejero cordobés los autores de la brutal represión sufrida por la ciudad desde 1936 como el general Gonzalo Queipo de Llano o el coronel Ciriaco Cascajo. En esa supresión de nombres no se buscó sustituirlos por otros sino generalmente por la antigua denominación de la calle: Lineros sustituyó a Ciriaco Cascajo, Ollerías al obispo Pérez Muñoz, Tendillas a José Antonio Primo de Rivera y Ronda de los Tejares a la avenida del Generalísimo.

Todo lo dicho nos indica que en el nomenclátor cordobés, pese a los cambios introducidos por los ayuntamientos democráticos, se mantiene el tratamiento desigual que han recibido destacadas personalidades de la vida política. No ocurre lo mismo con los nombres de escritores, pensadores y artistas que, en general, tienen una presencia más digna en el callejero.

Por otra parte, valga una última consideración: que apenas hay referencias a las personalidades cuyos nombres aparecen en la red viaria urbana, más allá de su nombre y, en algunos casos, su actividad. No abundan efigies o lápidas que expliquen quiénes fueron o su relación con determinados edificios o espacios públicos. Este ciclo promovido por la Real Academia de Córdoba, “El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia”, puede ser la ocasión para que desde nuestra corporación académica se formule una propuesta al Ayuntamiento de Córdoba, no tanto para cambiar el nombre de la dedicación de calles importantes a personajes que poco merecieron ese honor, sino para que quienes son acreedores de un mejor recuerdo –igual que ocurre en otras ciudades de España, como Madrid– se explique quiénes fueron con unos breves textos referenciales, bien bajo el rótulo de sus calles o en lugares de la ciudad en los que están sus huellas. Así el callejero local podría ser el mejor libro de historia para conocer a esa Córdoba a la que Arnold J. Toynbee calificó como una de las pocas ciudades de destino.

Bibliografía

- AGUILAR GAVILÁN, Enrique: *Córdoba en el pasado. Breve historia de una ciudad Patrimonio de la Humanidad*. Córdoba, 1999.
- “Rafael Castejón y Martínez de Arizala”, en *Cuatro cordobeses para la Historia*. Sevilla, 2014.
- CABRERA, Emilio (ed.): *Abderramán III y su época*. Córdoba, 1991.
- CUENCA TORIBIO, José Manuel: *Historia de Córdoba*. Córdoba, 1993.
- GARCÍA ARARICIO *et al.*: *Homenaje al Ilustrísimo Sr. Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala*. Córdoba, 1964.
- GARCÍA PARODY, Manuel: *Nuevos paseos por Córdoba*. Sevilla, 2013.
- *El siglo XX en Córdoba*. Sevilla, 2015.
- *Visitas reales a Córdoba*. Córdoba, 2019.
- MÁRQUEZ CRUZ, Francisco Solano: *La Córdoba de Antonio Cruz Conde*. Córdoba, 2007.
- RAMÍREZ DE ARELLANO, Teodomiro: *Paseos por Córdoba*. Córdoba, 1873.
- RAMÍREZ DE LAS CASAS-DEZA, Luis María: “Anales de la ciudad de Córdoba”. *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 1948.
- SALADO SANTOS, Juana: *Al servicio del Rey. La familia Ronquillo Briceño (1550-1699)*. Córdoba, 2009.
- TORIBIO GARCÍA, Manuel, *et al.*: *Antonio Jaén Morente. Hijo predilecto de Córdoba*. Córdoba, 2015.

Entre los días 1 y 8 de junio de 2021 y con el patrocinio de la Caja Rural del Sur, la Fundación Pro Real Academia de Córdoba desarrolló la actividad **El callejero de Córdoba, reflejo de nuestra Historia**, que en un primer ciclo abordó unas **Miradas transversales sobre su toponimia**, serie de diez conferencias que ahora se compilan en el presente volumen de la colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*. Desde una perspectiva multidisciplinar se pretende abordar en ellas el origen y significado de los innumerables personajes, hechos históricos y circunstancias que han ido inspirando a lo largo de los siglos, a partir de la conquista cristiana (1236), los nombres de las calles y plazas del casco urbano de Córdoba, que hoy se aproximan a los dos mil y reflejan la manera de ver la evolución de la ciudad a través de la sociedad que las ha bautizado, convirtiéndolas así en páginas de un libro de Historia.

